

EL GRAN SACRIFICIO

Augusta Galarza
jhoa.condor20@gmail.com



Estoy en el parque cerca de mi casa. Logro ver a mi padre y en vano grito su nombre, no contesta. Está viendo detrás de mí, en su mirada hay miedo puro. Empieza a gritar, aun así, no logro escuchar nada de lo que dice. Se mueve desesperado y trata de llegar a donde me encuentro, pero le es imposible. Yo trato de mover mis piernas y empezar a correr, pero no logro avanzar, me encuentro estático. Entonces, mi padre desaparece y siento cómo unas largas garras se posan sobre mi hombro.

Me levanto alarmado, no es la primera vez que sueño con él. Parece un círculo vicioso, donde los pocos recuerdos que tengo de él me arrastran

al pasado y me dejan un ápice de pena. Intento olvidar lo duro que fue su abandono. Se fue y nos dejó, a mí y a mi madre, en un abismo de tristeza.

Retiro las sábanas de mi cuerpo y me preparo para un día común. Hago una pequeña lista mental de las actividades que debo realizar. Bajo las escaleras y me encuentro con mi madre preparando el desayuno. Se gira momentáneamente, me ve y me indica que en un momento la comida estará lista. Tomo asiento en el mismo lugar de siempre y trato de entablar una conversación. Ella me informa que irá a la iglesia a realizar algunos rezos, a pedir perdón por mis pecados. Pongo los ojos en blanco

y asiento en aprobación. Luego, le comento que iré al cementerio a visitar la tumba de mi padre. Ella se paraliza, pero recobra la compostura de forma rápida, no deja ver sus debilidades fácilmente. Así que ignora mi comentario y sigue con sus labores. Le agradezco y me retiro de la mesa.

Salgo de casa y me encamino al cementerio del pueblo. Es temprano, así que no hay muchas personas merodeando por las calles. Al llegar, diviso al cuidador de tumbas, Noé, un anciano que no puede ni caminar, a no ser que utilice un bastón muy antiguo, a mi parecer. Se me acerca y siento un pequeño escalofrío. Luego me sonrío mostrando su escasez de dentadura, es un poco repugnante. Trata de hablar, pero no entiendo qué quiere decir, así que asiento en silencio y me encamino a la tumba de mi padre. Siento la mirada del anciano en cada paso que doy, pero intento no prestarle atención, continúo mi trayecto y oigo su risa burlesca. Es así cada vez que vengo, parece un halcón acechando mi llegada para fastidiar mi humor.

Llego a mi destino y me agacho, paso la mano por la pequeña lápida y trazo las palabras: “Fiel creyente, gran esposo, padre y amigo”. Es una blasfemia leerlas, los años de sufrimiento y maltrato pueden corroborarlo. De pronto, siento una presencia extraña, me giro y, entre los árboles, se esfuma una sombra. Son alucinaciones, me digo: “No tengo a que temer. No creo en el bien y el mal es absurdo”.

Cuando me levanto, Noé está ahí, observando cada cosa que hago. Mira los árboles y sonrío de forma automática; cometa algo, entre dientes, y luego vuelve la vista a donde me encuentro. Ignoro su presencia y salgo del cementerio. De la nada, empiezo a sentirme agitado y sudoroso. No entiendo qué pasa. El sueño de esta mañana vuelve a proyectarse como un nítido recuerdo y siento el peso de unas manos sobre mis hombros. Grito, pero nada sale de mi boca. Poco a poco, pierdo el conocimiento.

Me levanto desconcertado y noto que tengo una venda en los ojos. Trato de calmar mi respi-

ración, pues sigo agitado. Siento que acabo de correr una maratón. Escucho pasos y voces, pero no logro descifrar lo que dicen, es un idioma que desconozco. Los susurros paran de forma abrupta, el silencio capta mi atención por completo.

Escucho el bastón de Noé y, de pronto, alguien me quita la venda. Enfoco la vista y miro a mi alrededor, estoy en una pequeña cabaña o eso deduzco por la madera del lugar. En cada esquina se encuentra dibujada una estrella y un símbolo que no puedo identificar. Hay velas rodeando mi cuerpo, pero no siento el calor que debería al estar cerca de semejante flama. Algo se mueve, son personas que llevan puestas túnicas blancas, rojas y negras, están ordenadas de forma pareja y me rodean por completo. Tengo miedo, tiemblo de pies a cabeza. Intento contener las lágrimas que amenazan con salir. Agacho la cabeza y, de repente, siento que alguien tira de mi cabello, obligándome a levantar el rostro. Noé me advierte: “El futuro rey de las tinieblas no agacha el rostro, siempre está altivo”. Trato de modular alguna palabra, pero es en vano, estoy amordazado. El viejo continúa con su discurso: “Hace años intentamos llevar al padre de este muchacho a gobernar el inframundo, pero fue una pérdida de tiempo. El humano era débil y no tenía agallas para tan imponente puesto, pero ahora, este joven Belcebú, sangre de su sangre, será nuestro líder y nos dará la ansiada gloria que merecemos”. Termina la frase con un grito agudo.

Mis ojos arden, intento moverme, pero no tengo éxito, he perdido el control de todo. Entonces, se acerca una persona que lleva una túnica blanca. No la reconozco hasta que está muy cerca, ¡es mi madre! La esperanza nace en mi corazón, pero es pisoteada al instante: ella me mira, sonrío y empieza a leer. No entiendo las palabras que salen de su boca, a pesar de eso, las personas que se encuentran en el lugar las repiten a coro, como si las supieran de memoria. Veo pasar mi vida en un instante y, de pronto, ya no me encuentro en mi cuerpo, ahora soy una bestia que todos temen y respetan, en partes iguales.